



Lucio V. Mansilla

La madre y el hijo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lucio V. Mansilla

La madre y el hijo

A Benjamín Posse (hijo)

*Those joyous hours are past away,
And many a heart, that then was gay
Within the tomb now darkly dwells,
And hears no more those evening bells.*
MOORE

Son muchos los que creen que, pudiendo como puedo, debiera escribir historia, historia contemporánea, historia sobre la Guerra del Paraguay, y no sé cómo hacerles entender que no se deben hacer esas cosas cuando viven los actores o sus hijos o sus nietos – a no ser que se tenga un valor que yo no poseo: el de no cansarse en condensar nubes cargadas de electricidad sobre la propia cabeza.

Inventen un pararrayos para ponerse a cubierto de las consecuencias de desatar tempestades, y es posible que entonces, y sólo entonces, me decida.

Por el momento no me atrevo a eso, aunque tenga mucho preparado, trazado el cuadro sinóptico, hecho el esbozo, hallado lo más difícil, la fórmula filosófica, o sea, la enseñanza, la moral, el espejo en que deben mirarse los que nos pisan los talones. Lo dejo pues para otra oportunidad. Tengan ustedes paciencia y lo verán en mis *memorias*, o en mis *recuerdos*, quizá antes de que les llegue a éstos su día.

Hoy por hoy, vamos a lo único que, dado mi origen, mis antecedentes, mi acción y mi responsabilidad, me es lícito hacer; y como una de tantas referencias anecdóticas, que pueden servirle a otro sin mis trabas, conversemos un rato de mi *señora* abuela (así se decía antes), la señora doña Agustina López de Osornio – cuya prosapia de altísimo origen ya conocen ustedes por otros o por mí.

No voy a hacer su retrato físico: voy apenas a perfilar algún rasgo característico de su enérgica fisonomía moral, para que el filósofo o el historiador, que no sea yo, se explique algunas idiosincrasias inexplicables, ligando lo consecuente al antecedente, el efecto a la causa – sin caer en el error sistemático de las escuelas antropológicas ni renegar del todo de la teoría evolutiva.

Vivía mi abuela, en la época a que me refiero, en la calle de la Reconquista (ahora Defensa), entre Alsina y Moreno, sobre la derecha, caminando al sud, en una casa de planta española señorial que todavía persiste, como todo aquel barrio, que es de lo más macizo que tiene Buenos Aires; siendo curioso que lo que más resiste también a la transformación del progreso sea precisamente el pedazo de tierra donde mayor fue la resistencia criolla de la “muy noble y leal ciudad de Buenos Aires” al invasor extranjero.

Esa casa, si ustedes la quieren ver, no con la idealidad sino materialmente, está al llegar a la esquina, tiene gran puerta, gran patio y altos con balcones exteriores e interiores. Mi abuela se la dejó en herencia en su caprichoso testamento a una nieta. Y, a propósito de esto, ya he de contarles a ustedes alguna vez algo que no dejará de interesarles, porque tendrá su lección y su moralidad.

Y en su patio, yo aprendí a andar a caballo sobre la espina dorsal de un negro esclavo que se llamaba Perico (cuyo esclavo no quiso la libertad cuando Rozas proclamó la de vientres – arruinando a algunos de sus parientes más cercanos y a muchos partidarios -, sin tanto ruido ni tanto bombo como en el Brasil). Y ese patio y esa puerta y ese balcón y todo ese edificio, en fin, me parecían a mí, entonces, colosales – lo mismo que la espada de mi padre, que veía a la cabecera de su cama, me parecía grande como el mandoble del Cid Campeador.

Supongo que a ustedes les ha pasado con sus impresiones infantiles exactamente lo mismo que a mí, y que sus recuerdos se parecen a los míos y que, como yo, habrán pensado alguna vez, ya grandes, en qué consistirá la aberración del tiempo y de medida de que todos hemos padecido.

A ver, la observación es mía propia.

Antes, en la infancia, el tiempo nos parecía corto y era largo, y los objetos nos parecían grandes y eran chicos. ¿Por qué? Yo no encuentro la ley de este que llamaremos fenómeno, sino en que para medir tomábamos nuestro propio patrón de mensura y, para calcular, nuestra propia ociosidad sin sombra de inquietud.

Ahora sucede lo mismo, pero el patrón de mensura es mayor y el tiempo lo necesitamos; hemos crecido y anhelamos.

Mi abuela estaba tullida, hacía años, en una cama, teniendo sólo disponible una mano, y desde esa cama administraba sus estancias, compraba, vendía, refaccionaba y alquilaba casas, dando su dinero a interés; manejando, en una palabra, ella sola su fortuna.

Hacía e imponía la caridad, obligando a los pobres a venir a su casa, y obligando a sus hijas a visitar a los pobres variolosos y tiñosos, en sus casas.

Como todas las señoras de aquel tiempo, era de una fecundidad pasmosa.

¿Por qué?

Dejaremos esto para otra ocasión, ya que a las señoras de ahora no les gusta tener muchos hijos. Por ende, la necesidad de fomentar la inmigración extranjera y que ya no se pueda dar el título honorífico de buen colono, o poblador, a ningún hijo del país.

Tuvo pues veinte hijos y, a la edad que yo tenía y por orden suya, sus treinta y tantos o cuarenta y tantos nietos nos reuníamos en su casa por la tarde. En aquel patio, en aquellos patios (porque eran tres, estando las caballerizas en el último – cinco, mejor dicho, eran los patios, porque arriba había dos -), en aquellos patios, repito, los treinta y tantos o cuarenta y tantos nietos, con los *morenos* y *morenas*, con los *pardos* y *pardas*, con los *sirvientesy sirvientas* que los acompañaban, unidos a la recua de los de la casa, hacían todo cuanto la imaginación juvenil puede sugerir, desde las representaciones teatrales hasta...yo representaba muy bien *El trovador*.

Me acuerdo del garbo con que decía:

*Al campo, Don Nuño voy
Donde probaros espero
Que si vos sois caballero
Caballero también soy.*

Hacían todo, iba diciendo, desde representar comedias, jugar a la gallina ciega, a la mosquita y al avestruz, a las esquinitas, a la rongga catonga, a la pipirigaya, a las revoluciones, y hasta a las batallas entre unitarios y federales, que era el modo de hablar entonces. Y –parece increíble – habría aquí un estudio que hacer: el haber sido yo siempre un poco “lomo negro”¹ lo atribuyo a que, siendo chiquito, me *pirraba*, cuando se armaban las batallas, por representar a Lavalle, porque en mi casa (las casas de Lavalle y de Rozas eran íntimas)² siempre hablaban de lo lindo que era Lavalle, de lo valiente que era Lavalle, de lo jinete que era Lavalle, y a mí me gustaba ser como Lavalle.

El barrio era a esas horas un verdadero *pandemonium*. Mi abuela, encerrada dentro de las cuatro paredes de su aposento, debía sentirse como galvanizada por los gritos de la cohorte de nietos; y cuando los sacudimientos eran muy fuerte, debía sin duda ser que nos mandaba un emisario en *Mama Cachonga* –niña española huérfana que había adoptado, mansa y bondadosa como la gratitud, que poseía en alto grado, como que nadie amó más que ella a mi abuela, ni sus propios hijos -, a decirnos:

-¡Dice la señora mayor que se callen un poco, niños!

A lo cual nosotros, como el pueblo soberano cuando ejercita sus derechos bullangueros, contestábamos en coro infernal:

-¡Eeh...aah! – echándonos al cuello, los más chicos, de *Mama Cachonga*, que tratando de apaciguar el cotarro añadía como amonestándonos:

-Vos tenés la culpa, vos sos el más pícaro de todos. Se lo he de contar a tu madre...¿Qué no ven que la señora mayor está con la jaqueca?

¡Ah!...pero sentíamos la sonora campana de San Francisco tocar a oración y todos, como movidos por un resorte misterioso, niños y sirvientes, grandes y chicos, nos hincábamos, nos recogíamos y rezábamos con unción el “Angelus Domini”, y con la última palabra, “Nuestro Señor Jesucristo”, y el “Amén”, volvíamos a las andadas, pero atropellándonos en montón a ver cuál llegaba primero al aposento de abuelita (“¿A que yo llego primero?” era la voz de orden) para darle las buenas noches.

Los niños de ahora, ¿qué hacen? Repitamos el consabido *horresco referens*, y agreguemos – porque esto no me atrevo a decirlo yo solo si ustedes no me acompañan – que debe ser muy buena la humana naturaleza, cuando no andamos todos peor, después de la mala educación primaria interior y exterior que en la época que alcanzamos, reciben generalmente los niños, los cuales, antes de saber leer y escribir, ya saben por la caricatura, que el arzobispo es un bellaco, que los presidentes de los bancos son unos explotadores y el Presidente de la República otro que tal y todos los grandes hombres del país unos insignificantes o unos charlatanes; que no hay pasado sino porvenir, que nuestros padres no tenían *ideales*.

Y después quiere mi excelente amigo el senador Pérez, con todo su talentazo disimulado, que Jujuy se sustraiga, porque está lejos, a la ley universal.

¹ Así se denominaba a los que no eran *federales netos* ni unitarios puros.

² El señor don Manuel Lavalle y su esposa Mercedes tenían estrechísima amistad con don León Ortiz de Rozas y su esposa, Agustina López de Osornio. Las señoras fueron amigas desde la escuela, dando la casualidad de casarse en el mismo año. Dieron a luz sus primeros hijos con corta diferencia. Ambas tuvieron veinte partos, y la señora de Lavalle, mellizos en uno de ellos. La señora de Lavalle dio su leche a muchos Rozas y la señora de Rozas a muchos Lavalle. Nada interrumpió tan sólida amistad, ni la política ni el espíritu de partido, tan agitado en esa época. Fue, pues, una amistad modelo, que sólo acabó con la muerte.

Ya irá por allá, no se aflija, el polen profiláctico de la civilización moderna. Ya irá por allá, no se aflija, el *extractum* de la quintaesencia del progreso, que cura radicalmente de los microbios de la pereza. Ya irá por allá, no se aflija, el aura de la moda *à la dernière*, que hará salir de la crisálida hasta los *coyas*.

A su tiempo maduran las uvas. Primero se inventó el dinamómetro automático; después, el electrizador automático; en seguida, el distribuidor automático; a poco andar, el diorama automático; ahora, hay ya el catador³ automático –“casi tan perito como el de Iriarte”, dice mi secretario, que no se cansará de interrumpirme -, y antes de que usted se haga viejo, mi querido senador, habrá en Jujuy el panmecanismo automático.

Mi abuela, así que había *quorum* (no faltaba nunca), así que estaba lista la falange de mayor a menor de niños de ambos sexos y sirvientes *idem, idem* rodeando su gran cuja de bronce, sacaba con dificultad con la única mano medio buena que tenía, de debajo de la almohada, una bolsa de raso color guinda, para darnos el óbolo cotidiano de su cariño, que consistía en un cobre de dos reales, nuevecito, que cada nieto o nieta recibía, empleando ella y ellos la misma fórmula sacramental:

-La bendición, abuelita. ¡Que pase su merced muy buena noche!

-Dios te haga un santo o una santa.

Y los santos ideales de mi abuela con sus correspondientes Marías *Magalenas* – así decía un guaso del interior – salían *incontinenti*, como una avalancha, derramándose la mayor parte en la dirección norte y doblando por la calle de Alsina para entrar en una confitería que allí cerquita estaba – la de Baldraco - ; los muchachos administrándoles a los pasantes *sumidas de boya*, tirones de polleras a las beatas que salían o entraban en la iglesia, y algunos desmandándose, como yo, al extremo de robarle un pastel a un pastelero o un durazno a un duraznero.

¡Pobre mi hermana Eduarda – Eduardita, como yo le digo! Me acuerdo de que una vez, muy escandalizada y muy inquieta por la policía – ya había policía entonces, ¿qué creen ustedes? -, me decía:

-¡Hijito, por Dios! ¡No lo volvás a hacer! ¡Que no se te vaya a quedar la costumbre...de robar!

Mas aquella escena final en el aposento de mi abuela, después de la distribución del cobre de a dos reales, tenía – por decirlo así – su sabroso epílogo.

Minuto más, minuto menos, golpeaban la puerta y se oía:

-¡Ave María purísima!

Era el padre *Viguá*, una especie de idiota, inocentón, semi-pardo, semi-blanco, ¡qué sé yo! Sirviente de adentro – de hombres y mujeres – que tenía mi tío don Juan Manuel de Rozas.

Mi abuela contestaba:

-Sin pecado concebida.

-¿Se puede entrar?

-Entre usted.

-Manda a decir mi amo que cómo está su merced, que cómo ha pasado su merced la noche, que cómo le va a su merced de la mano, y que aquí le manda a su merced esta tacita⁴

³ No vayan a leer *cateador*

⁴ Esto de tacita no solamente es patriarcal sino muy andaluz. Así, dicen allá “un pajarito” por un pavo, “un corderito” por un carnero y “un ternerito” por un toro.

de natas (¡era una enorme sopera!), para que le haga su merced el favor de tomarla en su nombre.

Mi abuela gritaba: “Que traigan la cuchara”, y luego proseguía:

-Andá a decirle a tu amo que estoy *así* o *asao*, que he pasado la noche *así* o *asao*, y que me va de la mano *así* o *asao*.

Nada más; y el padre Viguá:

-Con el permiso de su merced.

-Con bien lo lleve Dios.

-Muchas gracias.

Esto era día a día, con la infalibilidad de rayar la aurora en el horizonte; y una vez despedido el mensajero, mi abuela nos repartía con su propia mano, uno por uno, una buena cucharada de natas derramándose, que nos sabía mejor que los dos reales de cobre, con la que nos chupábamos los dedos, sintiendo que no fueran dos, y que algunos coscorriones nos valía al volver a casa, porque con la gasusa por un lado, y la mano *tembleque* por otro, de mi abuela, resultaba que nos manchábamos la ropa.

Un día, como de costumbre, golpearon, hablaron y contestaron los dos interlocutores, el padre Viguá y la señora mayor.

Pero la señora mayor, en vez de contestar lo que se ha visto, contestó airada, trémula la voz, y con indecible e inexplicable sorpresa de la tribu de nietos y nietas que la rodeaban – y habiéndonos ya repartido los consabidos dos reales:

-Andá a decirle a ese gobernador de *tal* que qué se le importa cómo estoy, que qué se le importa cómo he pasado la noche, que qué se le importa cómo me va de la mano, y que se meta sus natas en ...*tal* parte.

Y esto dicho, mi abuela nos despidió, cambiando de tono instantáneamente, con estas casi afectuosas palabras:

-Vayan no más, hijitos; hasta mañana, ¿eh?...¡Y cuidadito! No dejen de sacarse el sombrero cuando pasen por la iglesia...Miren que el padre Casas me lo cuenta todo.

Y se echó a suspirar casi sollozando.

Salimos, en medio de tinieblas por la hora y porque el aposento era de suyo sombrío, y yo no sé si alguno de nosotros entendió algo de lo que había pasado. A mí, lo único que me pareció fue que abuelita estaba enojada, y sin duda pensé que, siendo mañana otro día, las cosas pasarían de otro modo.

¡Quimérica ilusión de niño!

El padre Viguá llegó como de costumbre, y como de costumbre golpeó y habló, y como de costumbre mi abuela contestó y le hizo entrar, aunque esta segunda vez el final no fuera el de costumbre sino el del día anterior, final que se hizo costumbre y que no fallaba, llegando indefectiblemente al toque de oración el padre Viguá con las natas y la retahíla, y mi abuela empleando, siempre, indefectiblemente, el mismo tono agrio, las mismas frases acres y despreciativas para despedirlo.

¿Pero qué causas habían producido aquel cambio inopinado que a todos nos tenía atónitos e inconsolables? Porque no era nada ver llegar las natas, sino el ver que el padre Viguá se volvía con ellas despedido tan poco amablemente por mi abuela, la que con el “que se las meta en *tal parte*” cambiaba – como antes he dicho – de tono, para decirnos lo de siempre:

-Vayan no más, hijitos...Hasta mañana...Cuidadito...

¿Qué causas?

El señor doctor *Tal* (no quiero nombrarlo) había sido puesto preso. Mi abuela mandó a la policía a *Mama Cachonga* a pedir que lo pusieran en libertad. Le contestaron que no se podía, que era cosa que dependía del señor gobernador. La señora mayor era insistente; la mandó a casa de su hijo. *Mama Cachonga* volvió con esta respuesta: “Señora, dice el señor don Juan Manuel que no se puede hacer eso que su merced le pide”.

-¡Sea todo por el amor de Dios! Andá a decirle a Juan Manuel que se deje de zonceras; que ese señor no es unitario ni federal; que es médico; que es un buen hombre, muy honrado; que yo lo conozco bien; que él qué va a saber, metido siempre en su casa, rodeado de adulones, que así no va a conseguir sino hacerse odiar y de enemigos...

Y *Mama Cachonga* fue y volvió, contestando como antes: “Dice el señor don Juan Manuel que lo dispense su merced, que no se puede”.

Mama Cachonga contaba, cuando yo ya tenía bozo y razón bastante para retener, que mi abuela nada dijo, ni suspiró siquiera esta vez (y eso que la señora mayor era tan suspiradora que una vez el loro del hojalatero Miserete, que estaba a la vuelta, contestó al pasar ella: “¡Pobre señora!”, exclamación de condolencia que la hizo darse vuelta, y no viendo a nadie sino al loro que estaba en su jaula, se echó a reír diciéndole a la huérfana que la acompañaba: “Cuando menos, ¿he suspirado, Encarnación?”)⁵

El padre Viguá estuvo yendo a casa de mi abuela muchos meses, cerca de dos años – siempre con las natas, por supuesto, y con su retahíla, naturalmente -, y mi abuela, por lo consiguiente, despidiéndolo sin quitarle ni ponerle a su frase consagrada.

Pero como hay un término para todo, sucedió que una tarde, en vez del padre Viguá, quien golpeó y pidió permiso para entrar diciendo “Ave María” fue el que era señor de *vidas, famas y haciendas*; y que – al llegar frente a la cama de mi abuela, y cuando él decía con los brazos cruzados: “La bendición, madre” – le dijeron, antes de contestarle:

-¿Ya está en libertad ese pobre hombre?

-Sí, madre...

-Bueno, ¡hínquese y pida perdón!

Y Rozas se hincó y pidió perdón...

Y mi abuela, perdonándolo a medias, le dijo:

-Está bien, levántese; mande las natas ahora...¡puede ser que las coma...!

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Gonzalo Pedro Pagani.

⁵ Alias *Mama Cachonga*, que casó después con don Manuel Leyes, tendero de la Recova Nueva, el cual murió de *elefantiasis*. Su mujer fue un modelo de abnegación. No lo abandonó un minuto. Murió en sus brazos, y en casa de mis primos Carolina Bond y Antonio Terrero, cuya hospitalidad generosa jamás le faltó. ¡Pobre Carolina! Nadie pagó con amor más perfecto que ella el cariño de la que la recibió en sus brazos al nacer.

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

